

todos estos sonrieron de desdén al ver á Zaragoza frente á frente del ejército francés, y murmuraron *todo está perdido*. Voces de terror se difundieron entónces, y las esperanzas traidoras se apresuraron á asomar y á consolar al infame partido.

Zaragoza nada dijo: consultó su corazón y aguardó. Juárez nada dijo: consultó su deber y aguardó también, y junto á esos dos hombres, excusado es decir que se agrupaban en Puebla, en México y en la nación entera, todos los hombres de fé y de patriotismo que ni dudan entónces, ni dudan hoy, ni dudarán nunca del triunfo de la patria.

En la noche del 4 de Mayo, aun no se concluía la fortificación pasajera del cerro de Guadalupe, junto á cuya capilla, que después se arrasó, se levantaron trincheras de sacos á tierra. La noche fué de vigilia. Negrete y algunos oficiales apresuraban los trabajos.

Es justo hablar ya de Negrete. Valentísimo oficial, querido en el ejército, con una figura de esas que interesan al soldado en el instante, con un lenguaje que comprende el pueblo porque se dirige al corazón, este Negrete fué quien mandó en persona el cerro de Guadalupe

y quien guió en persona las columnas mexicanas.

No hacia mucho tiempo que militaba en las filas de la reacción, en las que era distinguido. Cuando la intervención europea se anunció, cuando vió que el extranjero iba á invadir la patria, Negrete, en cuya alma generosa se sobrepuso el patriotismo á las pasiones del amor propio, abandonó las filas ya infames de sus antiguos correligionarios y corrió á ofrecer su espada en los altares patrios. El gobierno le dió un mando en el ejército de Oriente y le confió el honor de México.

Negrete ha probado que mereció esta confianza y desde entónces hasta hoy, su lealtad no ha sido desmentida un momento. Hoy es el Ministro de la Guerra al lado del Presidente de la República, y en estos instantes celebra el aniversario de su gloria, cayendo tal vez sobre los franceses en Durango.

Volvamos á Puebla.

La noche de horrible expectativa acabó. Vino esa aurora que precediendo á un tremendo combate toma para el soldado un color vago y triste, como si iluminase el último panorama de la vida, como si fuese la postrera

sonrisa del cielo y el tierno adiós á todo lo que ama el corazón sobre la tierra.

Pero este instante de amargura pasó pronto. La diana de los campamentos excita el sentimiento de orgullo y recuerda el deber. El tañido marcial de los clarines y el redoble de los tambores se escucha en la plaza de Puebla, en cuyas trincheras improvisadas se mira de pie á la valiente plebe, armada hasta esos momentos; se escucha en los Remedios y en San Francisco, donde las reservas descansan sobre sus armas y en el cerro famoso en que la línea mexicana espera apoyada en sus dos extremos en Loreto y Guadalupe, y contemplando al ejército francés, preparándose frente á frente en Rementería.

Brilla el sol, izanse los pabellones mexicanos, un grito inmenso vibra en el espacio y los dos ejércitos, como dos gladiadores que se reconocen en el circo, se miran de hito en hito.

El combate se prepara, dijo el telégrafo, palpitando como la gran arteria que conmovía el corazón de la patria. ¡Oh Dios! ¡Oh gran Dios de los pueblos! Hé ahí por fin, llegado ese duelo terrible del despotismo contra la

libertad, del pirata poderoso contra el hombre de bien que defiende su hogar; del veterano desdeñoso y fiero contra el bisoño republicano que no tiene más táctica que su instinto de defensa.

Pasaron algunas horas y Zaragoza ordenó su línea. A Negrete estaba confiado el honor de Guadalupe. En unión de Negrete iban á combatir jefes pundonorosos como Berriozábal. Negrete mandó á sus soldados echarse pecho á tierra. Él quedó con la mirada fija en Rementería. Zaragoza asumió entonces la actitud histórica del hombre de fé que espera tranquilo la victoria ó la muerte.

Entonces el sol ascendía ya, fulgurante, rojo, imponente. El valle estaba silencioso con ese silencio grave de las horas fatídicas. ¡La desdichada México parecía aguardar en una actitud de dolorosa espectación entre sus magestuosos volcanes y se sentía difundirse en derredor de los combatientes algo poderoso y terrífico como el aliento de Dios!

Por fin la columna francesa atravesó lenta y silenciosa el espacio de Rementería al cerro, se perdió en ondulaciones, entre las sinuosidades que están al pie, desapareció, y de re-

pente la cabeza de los tiradores zuavos con la roja *calotte* coronando la tostada frente, con la mirada chispeante, asomó por entre las arrugas de la colina; sonaron los primeros tiros, y á poco, la columna entera apareció rígida, compacta, atrevida, trepando á paso gimnástico..... cuando se detuvo y dió un paso atrás estremecida, en medio de una nube de humo y de fuego. Eran los Zacapoaxtlas que se levantaban á su vez, lanzando un grito salvaje y precipitándose al encuentro de aquellos leones, leones tambien ellos!

Negrete habia dado orden á Zacapoaxtla de atraer al enemigo á la línea y fué necesario repetírsela para hacerlo replegarse. Replegóse: — la columna se adelantó impetuosa, y entonces Negrete, sacando del alma palabras que no se preparan y del pecho una voz que solo viene en los combates, gritó — « Ahora, en nombre de Dios, arriba nosotros. » — Sí: Negrete invocó el nombre de Dios é hizo bien. Era invocar la justicia contra el crimen que se apoya en la superioridad. La línea mexicana se levantó tambien terrible, y á un fragor unísono y á un relámpago que envolvió la cumbre, sucedió un chasquido estridente. Eran las

bayonetas que se cruzaban. Entónces el combate era general. Rugía el cañon de Guadalupe y apenas se divisaba entre la negra humareda la aguja de la torrecilla y el pabellon tricolor flameando, mecido por el aliento de la muerte y de la gloria!

La gritería era confusa. Al ronco acento del francés, se mezclaba la aguda gama del Zacapoaxtla y el grito burlon de nuestro soldado del pueblo, apenas distinguidos entre los tiros y los toques de muerte.

Los franceses vacilaron y retrocedieron en desórden.

Nuestra línea avanzó. Un silbido hizo callar al enemigo y en medio de su silencio resonó una voz seca é imperiosa. La línea francesa se organizó de nuevo y cargó con furor. Negrete mandó replegar á sus soldados á sus antiguos puestos, y una vez á pié firme, volvió á recibir al enemigo con un fuego terrible. Entónces este huyó, huyó pronta, desordenada y miserablemente, despedazado por nuestros valientes mexicanos.

En Guadalupe los franceses eran muertos hasta en los fosos á que los condujo su bravura, y el cañon los despedazaba, y sus columnas

hajaban del cerro desesperadas y nuestros clarines anunciaban el triunfo. El combate estaba decidido. Nuestros pocos dragones perseguían á los fugitivos de Guadalupe, mientras que Diaz y Lamadrid dispersaban otra columna de mil hombres por la llanura de la derecha en que está el camino de Veracruz y la hacían replegarse corriendo hasta la hacienda de San José, á la que llegaban también los rechazados del cerro, llenos de pavor.

¡Dios había protegido la causa del pueblo!

El telégrafo anunciaba en dos palabras este suceso á México que palpitaba de ansiedad.

Y como si la naturaleza hubiese querido tomar parte en la grande epopeya, una nube negra y preñada de lluvia se cernió sobre el campo de acción, y abrió sus senos, lavando con sus torrentes la púrpura que tiñera el flanco de la colina.

Aun se aguardaba un nuevo esfuerzo; pero Lorencez estaba aterrado y no pensó ya mas que en contramarchar á toda prisa hácia Orizaba.

¡Ah, si Zaragoza ha tenido mas de cuatro mil hombres y caballerías! El francés no habría repasado las cumbres de Acultzingo.

Pero, lo repito, á pesar de lo que digan los cronistas franceses, que siempre han tenido la costumbre de abultar la fuerza que los vence, no fué sino un puñado de bisoños y de indígenas el que derrotó á esos batallones que tanta fama tienen en el mundo.

Tal es el combate del 5 de Mayo, en cuyo relato tal vez he sido demasiado prolijo porque el corazón mexicano goza en recordarlo. Yo he tenido el honor de escuchar sus detalles de los labios mismos de Zaragoza y de los de Negrete. Fué un relato sencillo y modesto, como el de los verdaderos valientes, pero cuya reproducción fatiga mi espíritu porque es superior á mi capacidad y á mi sentimiento.

¿Para qué repetir lo que importaba esta victoria, lo que significaba el quedar tendidos á los piés de nuestros hombres del pueblo, aquellos que habían visto á los suyos al soberbio ruso y al terrible austriaco? Esas reflexiones hacedlas, y perdonad á mi cansancio y á mi conmoción.

Pero sí os diré para concluir de una vez; que esta victoria no solo es grandiosa, como tal, sino como lección á México y á los tiranos.

¿En qué consiste, pues, que ese soldado que allí se humilló, se pasee triunfalmente, por la República? ¡Ah! no es el valor del soldado francés superior al del soldado mexicano. Si lo dudais, preguntadlo á esos valientes que ostentan aquí en medio de vosotros esas medallas que veneramos, á esos otros que han cruzado sus espadas con las espadas francesas durante el sitio de Puebla, y que han visto al humilde indígena del ejército cruzar su bayoneta con la del zuavo, que lo han visto superior, en San Javier, superior en Santa Inés, superior en todas partes.

¿Quereis saber si sufre, si se queja, si se desespera? Preguntadlo á esos dignos soldados del Sur que han vivaqueado á campo raso, en medio de las lluvias y los rayos del sol, sin recursos, sin salud, y, sin embargo, ansiando entrar en combate; preguntadlo á esos ancianos jefes que sufriendo en el último tercio de su vida la existencia penosa del campamento, se han consolado al menos, pensando que sus soldados eran tambien mártires del deber.

Lo que ha causado la desgracia de la patria, es la cobardía de los generales vendidos, de

los generales traidores, que acostumbrados á vender su espada al mejor postor, como los pretorianos del Bajo Imperio, ulcerados por ese viejo cáncer de nuestras discordias, la deslealtad, han abandonado las filas del pueblo porque ya no habia en ellas mas que miseria y peligro.

La causa de nuestra desventura es la cobardía tan rastrera, como la otra, de esa masa indiferente que atenta á su egoismo y su bienestar, prefiere las cadenas y el látigo del extranjero á mermar su capital ó á padecer lo que se padece, luchando.

Pero la principal es la falta de fe de los que debian tenerla, y para estos el 5 de Mayo es una leccion terrible. Siempre que el patriotismo se subordina al cálculo ó á la táctica, el patriotismo muere. Cuando el cálculo y la táctica se someten al patriotismo, este hace prodigios.

Si el grande Hidalgo se hubiera puesto á calcular y á discutir con los preceptos del arte, y á medir el poder español, no habria dado el grito de Dolores.

Si Morelos hubiese contado á sus enemigos, no habria vencido á los ejércitos españoles.

Si Guerrero hubiese sucumbido al cansancio, no seríamos libres. Si Garibaldi se hubiese detenido á palpar las raíces que aun tenia en las Sicilias el trono de los Borbones, ciertamente la Italia no pasára todavía de las fronteras del Piamonte.

Si Zaragoza, como Uraga, hubiese consultado tan solo á la táctica, México habria sido tomado, no por treinta mil franceses maltratados, sino por cinco mil frescos é ilesos.

Yo no digo que se desprecie la táctica y que no se atienda al cálculo, léjos de eso, creo que se necesitan; pero subordinemos sus leyes á las inspiraciones del patriotismo, y afrontemos la derrota y la muerte antes que apelar á la fuga vergonzosa, antes que llegar á la sumision que mancha el alma.

Y de este modo la lucha seguirá, pero acabaremos por triunfar. Se sucederán los reveses á los reveses; pero la primera caricia del destino ha sido para México y este augurio no será vano.

El imperio francés sufrirá hasta su muerte con esta memoria; sufre ya, y por eso ha desplegado en México un sistema de venganza, que toca en la locura y que indica toda la

ebriedad del despecho. No importa: México padece, pero no se avergüenza y estará siempre orgullosa de su triunfo. Y bien puede Napoleon hacer pasear sus falanges de soldados sañudos y coléricos por el centro de nuestro país, llevando el sable desnudo en una mano y la tea del incendio en la otra. Y bien puede en su rabiá, levantar un trono, pretendiendo esclavizar á la República atrevida que pudo producir á los soldados de Guadalupe. Y bien puede pagar la embustera pluma de sus escritores á fin de que desmientan el desastre, á fin de que disminuyan la victoria y desnaturalicen la realidad. Todo es inútil, y para hacerlo olvidar, fuera preciso poner un paréntesis de sombra en el tiempo que pasó; pero esto es imposible para la misma Divinidad, y el 5 de Mayo se presentará implacable siempre, y la historia lo señalará con su dedo luminoso al través de los siglos y de las generaciones.

Conciudadanos: ¡cuando se nos oprima el corazon por la desgracia, por el cansancio, por la fascinacion de la potencia francesa, volvamos al sol de Mayo para pedirle un rayo de esperanza; volvamos hácia aquel combate

sublime para pedir á las venerandas figuras de aquellos valientes, lo que es preciso para combatir, lo que es preciso para morir con gusto, lo que abre el templo de la victoria, así como abre las puertas del cielo — la fé!

V

CONCIUDADANOS:

Frecuentemente, lo digo con cierto orgullo, y desde mi mas temprana juventud, el voto popular me há llamado á ocupar la tribuna cívica, en este gran dia. Yo recuerdo que hé sido hasta, ahora, el último orador republicano que la ciudad de México designara para ensalzar los hechos de la Independencia, concluyendo conmigo en 1862 la primera série de tribunos dignos de hablar de la Libertad de la Patria, y comenzando en el año siguiente

Pronunciado el 16 de Setiembre de 1865, en el campamento de « *La Sabana*, » junto á Acapulco, por encargo de la Junta patriótica de la misma ciudad, que con la poblacion se habia trasladado al expresado campamento.